

La economía como ciencia: Adam Smith

JESÚS L. PARADINAS FUENTES

Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia

1. Introducción

Cuentan que en 1787, en Londres, en la casa de Henry Dundas, se celebró una reunión de políticos a la cual estaban invitados, entre otros, el primer ministro Pitt, entonces presidente de la Cámara de los Comunes, Henry Addington, William Wilberforce, George Greenville y el propio Adam Smith. Éste llegó tarde y cuando entró todos se pusieron en pie para saludarle. Smith les rogó: «Siéntense caballeros». A lo cual Pitt replicó: «No, permaneceremos en pie hasta que usted se haya sentado, puesto que todos nosotros somos alumnos suyos». ¿Por qué este entusiasmo de los políticos? La explicación que da el historiador de la economía de quien tomamos la anécdota anterior es que la obra de Adam Smith «daba credenciales científicas a una postura política que estaba en concordancia con la ideología embellecida por los filósofos de la Ilustración: la ideología del liberalismo económico»¹.

En otras palabras, Adam Smith (1723-1790), al publicar en 1776 su famosa obra titulada *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, había conseguido justificar científicamente una ideología, el liberalismo económico, que defiende la economía de mercado. Se entiende por tal el sistema económico que está regido, regulado y orientado únicamente por el mercado. El mercado, por lo tanto, decide como se realizan todas las actividades económicas, la producción, la distribución, el intercambio y el consumo de los bienes y, a diferencia de lo que ocurre en otros sistemas económicos, determina el precio no sólo de las mercancías, sino también del dinero, de la tierra y del trabajo. Eso significa que para el liberalismo económico, en contra de lo que defendía el pensamiento tradicional, todas las actividades económicas deben someterse a las leyes del mercado.

El filósofo escocés, por lo tanto, aceptó las ideas y valores que defendían los partidarios del liberalismo económico y trató de justificarlos utilizando la ciencia de su tiempo. Por eso podemos afirmar que la ciencia creada por Adam Smith es más la ciencia del sistema económico de mercado que la ciencia de la economía, a pesar de lo cual la mayoría de los economistas consideran que Adam Smith es el fundador de la economía como ciencia.

En efecto, los sistemas económicos dependen del fin que se asigne a la economía, es decir, de una elección que está condicionada por las ideas y valores que dominan en una determinada sociedad. Por eso han existido diferentes sistemas económicos y diferentes *ciencias* económicas a lo largo de la historia. Adam Smith, de acuerdo con el paradigma mecanicista y con los valores sociales de su tiempo, intentó demostrar que el sistema económico de mercado era el único sistema que respetaba las leyes naturales de la economía y, por lo tanto, el único capaz de asegurar el progreso económico.

¹ P. DEANE, *El Estado y el sistema económico*. Barcelona, Crítica, 1992, p. 72.

Las ideas y valores que defiende el sistema económico de mercado se oponen radicalmente a las ideas y valores defendidos por las sociedades tradicionales. Si pudo ser justificado científicamente por Adam Smith es porque antes había triunfado una doble revolución: la revolución científica y la revolución de los valores. Las ideas mecanicistas y los valores individualistas, ausentes en el pensamiento económico tradicional, serán decisivos en la creación de la economía científica moderna.

Para comprender, por lo tanto, cómo llegó el pensamiento económico a defender las ideas y valores propuestos por la economía de mercado y cómo pudo Adam Smith justificarlas científicamente es preciso hacer un breve recorrido por la historia del pensamiento económico.

Así pues, comenzaremos exponiendo, en primer lugar, las ideas y valores en los que se basaba el pensamiento económico tradicional; en segundo lugar, estudiaremos el proceso histórico mediante el cual la economía, abandonando dichos supuestos, se fue configurando como campo del saber independiente; en tercer lugar, analizaremos la decisiva contribución de Adam Smith a la construcción de la economía como ciencia; y, en cuarto lugar, reflexionaremos sobre el inevitable componente ideológico de la ciencia económica.

Antes de comenzar es conveniente advertir que lo que sigue no se debe a un economista, sino a un filósofo, el cual se interesó desde siempre por la economía y que, cada día que pasa, se sorprende más del poco interés que manifiestan sus colegas por todo lo relacionado con ella. Y no es porque la filosofía no se haya ocupado de los problemas económicos. Pero los filósofos actuales tratan de la metafísica, de la lógica, de la física, de la sociología, de la psicología, de la ética, de la política, etc., y se olvidan de la economía. Véase, como prueba, el contenido de los libros de texto de Historia de la Filosofía del Bachillerato. Muchos filósofos, como Aristóteles, Tomás de Aquino, Locke, Hume, Rousseau, Marx, por citar sólo aquellos que se estudian en dichos textos, trataron en sus escritos de cuestiones económicas, pero esta parte de su pensamiento ni se menciona al estudiarlos. El pensamiento económico, por lo tanto, brilla por su ausencia en la enseñanza de la filosofía, algo verdaderamente incomprensible si tenemos en cuenta que, en la actualidad, la racionalidad económica liberal se ha convertido en el criterio de racionalidad de todas las prácticas humanas.

Pues bien, si tenemos en cuenta que para el liberalismo económico la racionalidad de la conducta económica depende de la búsqueda del propio beneficio, podemos hacernos una idea de lo que significa que ese criterio de racionalidad se aplique también todas las acciones. ¿Cómo entender hoy las prácticas humanas, a nivel personal, familiar y político, sin tener en cuenta que todas ellas están sometidas al criterio de la racionalidad económica? Esperamos que esta exposición sirva, al menos, para despertar en los oyentes el interés por la economía.

2. El pensamiento económico tradicional

El pensamiento económico se desarrolló en la Antigüedad, como tantos otros, sobre todo en la Grecia clásica. Ahora bien, en Grecia, como en todas las sociedades antiguas, la producción, la distribución y el consumo de los bienes económicos (que en la actualidad son el objeto de la economía) se realizaban, en su mayor parte, dentro del marco familiar y estaban sometidos a los principios de reciprocidad y redistribución. El

intercambio o comercio de bienes (otro de los objetos de la economía) apenas tenía importancia. Existían, ciertamente, los mercados, pero éstos, a diferencia de lo que ocurre en la actualidad, no determinaban la vida económica. Por eso en el pensamiento griego las actividades económicas se estudiaban dentro de los tratados que se ocupaban de la vida doméstica: los *oeconomica* (de *oikos*, casa). No existía, por lo tanto, un tratamiento independiente de lo que hoy conocemos con el nombre de *economía*, sino que al examinar la vida familiar, se exponían las doctrinas de los autores sobre el mejor modo de conseguir y administrar los bienes de la familia.

Por la misma razón, las relaciones económicas entre los individuos estaban sometidas al modelo de las relaciones familiares, en las que no hay lugar para la búsqueda del interés individual, sino que éste se subordina al interés de la familia como un todo. Este mismo modelo servía de pauta para los intercambios económicos, por lo que se consideraba inmoral el pretender obtener un beneficio en dichos intercambios. Por esta razón los griegos condenaban las actividades comerciales encaminadas a obtener un beneficio.

El pensamiento económico más importante de la Grecia clásica se lo debemos a Aristóteles. Las cuestiones económicas son tratadas por el filósofo griego en las tres ciencias prácticas que se ocupan del bien del hombre: la ética, la económica y la política, en las que trata, respectivamente, del bien individual, del bien familiar y del bien común.

Lamentablemente, no ha llegado hasta nosotros ningún escrito de Aristóteles sobre la *Económica*, pues la obra de tal título que se conserva ofrece muchas dudas de autenticidad, por lo que tenemos que recurrir a lo expuesto en la *Ética* y en la *Política* para conocer su pensamiento económico. En la *Política*, Aristóteles habla de la familia, en concreto de las relaciones entre los amos y los esclavos y de la adquisición y administración de los bienes familiares. Al tratar de estos temas distingue Aristóteles entre la *Económica*, que es la ciencia de que se ocupa de la adquisición y administración de los bienes que son necesarios para vivir, los que tienen como finalidad ser consumidos, y la *Crematística* (de *chreima*, todo lo que sirve o es útil), que es la ciencia de la adquisición y administración los bienes que no son necesarios para vivir, los que tienen como finalidad ser cambiados por otros bienes, normalmente dinero. Un mismo bien, como por ejemplo un par de zapatos, dice Aristóteles, se puede producir o adquirir para usarlo o para cambiarlo.

Según Aristóteles, en un principio sólo existían actividades económicas, es decir, actividades dirigidas a la adquisición natural de los bienes necesarios, como la agricultura, la caza, la pesca, la ganadería, la explotación de bosques y minas o incluso la guerra (que según el filósofo es un medio natural de adquirir bienes). Dentro de estas actividades económicas se incluía el intercambio de bienes sin ánimo de lucro (el trueque), que se realizaba con la intención de obtener los bienes necesarios que la familia no podía producir. Más adelante, cuando aparece la moneda, se desarrollan otras actividades, llamadas por Aristóteles crematísticas, que buscan la adquisición *artificial* de bienes superfluos, es decir, la acumulación de riquezas. Surge entonces una nueva ciencia, la *Crematística*, que se ocupa de las actividades antinaturales dirigidas a obtener ganancias dinerarias. La principal es el comercio, aunque Aristóteles también considera actividades antinaturales el empleo de obreros asalariados o el préstamo con interés.

Sin embargo, algunas veces el propio Aristóteles, llama *Crematística doméstica* al intercambio de bienes que se realiza sin ánimo de lucro y que tiene como fin satisfacer las necesidades humanas, en cuyo caso formaría parte de la *Económica* o ciencia de la adquisición de bienes necesarios; distinguiéndola así de la *Crematística general o comercial*, la que tiene como objetivo obtener un beneficio dinerario mediante la compra venta de bienes:

«Siendo ésta [la Crematística] doble, o sea, una comercial, otra doméstica, ésta necesaria y elogiada, la otra basada en los canjes y despreciada justamente, pues no es natural, sino que es efecto de la explotación recíproca»²»

En cualquier caso, toda actividad comercial realizada con ánimo de lucro es, para Aristóteles, antinatural e ilegítima, porque no está encaminada a conseguir los bienes necesarios para vivir, sino a acumular riquezas ilimitadamente:

«En cuanto al hombre de negocios, es un ser contrario a la naturaleza y está bien claro que la riqueza no es el bien supremo que perseguimos»³.

Tengamos en cuenta que, en la época de la que hablamos, la actividad de los mercados era muy reducida, y estaba limitada al intercambio de bienes, pues el valor del trabajo, de la tierra o del dinero, estaba regulado por otras instituciones sociales, como la costumbre, la familia, o las leyes de la ciudad.

Aristóteles enseña, también, que así como los individuos forman parte de la familia, las familias forman parte de la comunidad política. Y como el todo es anterior a las partes, la comunidad política es anterior, por naturaleza, a la familia y ésta a los individuos⁴. Por lo tanto, así como la ética debe subordinarse a la económica, como el bien individual al bien familiar, la económica debe subordinarse a la política, como el bien familiar al bien político:

«Ninguno puede tener garantizado su propio bien sin la familia y sin alguna forma de gobierno»⁵.

La concepción aristotélica de la economía, que propugna que la adquisición de la riqueza no es el fin de la economía, sino un simple medio para lograr el bien vivir de la familia, y que el interés individual debe subordinarse al bien común, se mantuvo vigente durante todo el Medioevo. Tomás de Aquino, por ejemplo, enseña que el fin último de la economía no es conseguir riquezas, dado que éstas son un simple instrumento para conseguir el auténtico fin último de la actividad económica: el bien de la familia:

«Las riquezas se refieren a la economía, no como fin último, sino como instrumentos, según leemos en la *Política*. El fin último de la economía es el bien de la vida familiar en todas sus manifestaciones»⁶.

² ARISTÓTELES, *Política*, I, 3.

³ Ibid, I, 5.

⁴ Ibid., I, 2.

⁵ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, VI, 8.

⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, II-II, q. 50. a. 3, ad 1.

Los individuos forman parte de la familia, del mismo modo que las familias forman parte de la comunidad política y dependen de aquella:

«Es indudable que la familia ocupa un puesto medio entre la persona singular y la ciudad o el reino, pues así como una persona singular es parte de familia, del mismo modo una familia es parte de la ciudad o del reino»⁷.

En el Medioevo, los mercados desempeñan todavía un papel poco importante en la vida económica de los seres humanos. Además, al igual que ocurría en la Grecia clásica, sus actividades estaban limitadas al intercambio de bienes, dado que el trabajo, el uso de la tierra y el valor de las monedas estaban regulado por las costumbres, los gremios, las corporaciones y las autoridades políticas.

Los escolásticos, por lo tanto, seguirán defendiendo los planteamientos económicos tradicionales, dentro del paradigma científico finalista aristotélico, convenientemente adaptados a la nueva situación. Por eso, como no podían seguir condenando las actividades mercantiles, que se habían convertido en el problema económico más importante, intentaron someterlas a la racionalidad moral tradicional elaborando doctrinas sobre el precio justo. Sin embargo, como los problemas económicos eran cada vez más importantes debido al desarrollo del comercio, también trataron de descubrir las regularidades o leyes a las que estaban sometidos algunos hechos económicos. En este sentido los escolásticos españoles fueron los primeros en formular la llamada *teoría cuantitativa de la moneda*, según la cual el valor del dinero depende de su abundancia o escasez y no de decisiones humanas⁸.

Más adelante, los humanistas seguirán defendiendo también la tesis tradicional según la cual el interés individual debía subordinarse al interés general. Luis Vives, por ejemplo, afirma:

«No es posible la subsistencia prolongada de una república en la cual cada uno de sus componentes no atiende más que a sus intereses personales y a los de sus amigos y descuida los generales»⁹.

En resumen, en las sociedades tradicionales, las actividades económicas, dentro de las cuales las mercantiles representaban una mínima parte, estaban reguladas por las instituciones sociales y sometidas a las exigencias de la moral.

3. El pensamiento económico moderno

Sin embargo, el importante desarrollo de la actividad mercantil durante los siglos XIV y XV va a suponer un cambio decisivo en la concepción tradicional de la economía. Los comerciantes, dedicados a una actividad económica que trata de

⁷ Ibid., II-II, q. 50, a. 3, c.

⁸ Según Schumpeter, en la escolástica la economía conquistó, si no su existencia independiente, al menos una existencia determinada, por lo que estos autores merecen, son sus palabras, el calificativo de «fundadores» de la economía científica. J. A. SCHUMPETER, *Historia del análisis económico* (1954). Sin embargo, no hay que olvidar el hecho de que los escolásticos desarrollaron su pensamiento económico dentro del paradigma científico finalista aristotélico. Por consiguiente, la economía, para ellos, debía estar sometida a las normas que dictaba la filosofía moral, de acuerdo con la ley natural, la cual era, a su vez, expresión de la ley divina.

⁹ L. VIVES, *El socorro de los pobres*, I, 4.

conseguir el máximo beneficio posible, la cual, como dijimos, había sido condenada por Aristóteles, ascenderán socialmente y propondrán una nueva idea que estaba de acuerdo con sus intereses: que el fin de la economía es conseguir aumentar la riqueza. Por lo tanto, a partir de ahora las preguntas que se harán los que se dedican a reflexionar sobre los hechos económicos son distintas: ¿De qué depende el aumento de la riqueza y en qué consiste?

La primera respuesta, congruente con el desarrollo del comercio antes aludido, es que el aumento de la riqueza depende del comercio, de prácticas mercantiles favorables, y que la riqueza consiste en acumular metales preciosos. Los que defienden esta teoría han pasado a la historia del pensamiento económico con el nombre de mercantilistas.

En efecto, a partir del siglo XVI, y dependiendo del desarrollo del comercio, del ascenso social de los mercaderes y de la aparición de los estados nacionales, aparece una nueva doctrina económica que ha sido considerada por algunos como el primer intento de hacer de la economía una ciencia: el mercantilismo. Esta doctrina defiende ya claramente tres cosas: que la finalidad de la economía es adquirir riquezas, que esto se consigue mediante intercambios favorables, es decir, comerciando, y que el Estado es el principal sujeto de la actividad económica.

Montchrestien (1578-1621), por ejemplo, expone ya las nuevas ideas en un escrito, publicado en 1615, que tituló, con la clara intención de dar nuevo nombre y contenido a la antigua ciencia, *Tratado de economía política*:

«Puede con razón sostenerse, contra la opinión de Aristóteles y de Jenofonte, que no es posible separar la economía de la política sin desmembrar a la parte principal del Todo, y que la ciencia de adquirir bienes, a la que llaman así, es común a las repúblicas y a las familias»¹⁰.

La economía, por lo tanto, no es la ciencia que nos enseña a adquirir y administrar los bienes necesarios para la vida, es ya la *ciencia de la riqueza*, algo que, para Montchrestien, no sólo es compatible, sino necesario para lograr la felicidad del hombre:

«La felicidad de los hombres, para hablar de ella a nuestro modo, consiste principalmente en la riqueza, y la riqueza en el trabajo»¹¹.

Como para los mercantilistas la riqueza depende del comercio, la actividad mercantil, que había sido condenada por Aristóteles si estaba encaminada a aumentar la riqueza y no a satisfacer las necesidades humanas, se convierte en la más beneficiosa para la sociedad:

«De donde puede concluirse que los comerciantes son más que útiles al Estado y que su afán de lucro, que se ejerce en el trabajo y en la industria, hace y produce buena parte del bien público»¹².

¹⁰ A. DE MONTCHRESTIEN, *Traité de l'économie politique*. Paris, 1889, p. 31.

¹¹ *Ibid.*, p. 99.

¹² *Ibid.*, p. 137.

Sin embargo, todavía en esta época los mercados estaban fuertemente intervenidos por leyes y decretos de los Estados y se estaba lejos de admitir que el mercado es un mecanismo que regula naturalmente las actividades económicas.

Por lo tanto, aunque los mercantilistas avanzaron algunas teorías económicas que pueden ser calificadas de *científicas*, como la teoría cuantitativa del dinero de la que ya hemos hablado, su pensamiento económico seguía dependiendo todavía del paradigma científico finalista. Por ello pedían al poder político que dictara normas que dirigieran el funcionamiento de la economía. Es más, como para los mercantilistas el fin de la economía estaba todavía subordinado al fin de la política, proponían al Estado que organizara la economía en su propio beneficio, dictando leyes que le facilitaran la acumulación de metales preciosos.

El pensamiento económico moderno, el que recibe actualmente el calificativo de científico, depende de la visión mecanicista del mundo que se impuso en el pensamiento europeo en el siglo XVII de acuerdo con los planteamientos de Galileo (1564-1642) y de Descartes (1596-1650). A partir de este momento los filósofos sociales, inspirados en los éxitos de la revolución científica, adoptaron los métodos de investigación de los filósofos naturales y trataron de descubrir las leyes que rigen el funcionamiento del orden social.

Uno de los primeros filósofos en aplicar el nuevo método científico al estudio de la sociedad fue Hobbes (1588-1679), que desarrolló una filosofía mecanicista en la que estudiaba los fenómenos sociales como si fueran fenómenos naturales. Las sociedades, para Hobbes, funcionan como las máquinas, y así como éstas están compuestas de piezas, las sociedades están compuestas de individuos¹³. Por lo tanto, analizando el funcionamiento de las piezas que forman la máquina, los individuos, podemos conocer el funcionamiento de toda la máquina, la sociedad.

A pesar de ello, Hobbes sigue pensando todavía que la lucha que se establece entre los seres humanos para conseguir los bienes materiales no es beneficiosa para la sociedad, sino que puede acabar con ella. Todavía queda un largo camino hasta que se imponga la idea de que la competencia que se establece entre los individuos en la persecución del propio interés no acaba con la sociedad, sino que produce mecánicamente el orden social más beneficioso y, por lo tanto, contribuye al mantenimiento y al desarrollo de la sociedad.

Esta nueva concepción mecanicista del orden social conducirá al rechazo de la doctrina, defendida por el pensamiento económico tradicional, de la necesaria subordinación de las actividades económicas a los fines superiores de la comunidad familiar y política. Si el orden económico está sometido en su funcionamiento a leyes naturales, toda intervención humana contraria a las mismas será perjudicial para la sociedad por ser antinatural. Se pedirá, por lo tanto, dejar al mercado funcionar libremente de acuerdo con sus propias leyes.

¹³ El método resolutivo o analítico, propuesto por Galileo y Descartes como propio de la ciencia, condujo a Hobbes y a sus seguidores a una consideración puramente individualista del ser humano. Las ciencias sociales, como la economía, que dependen de esta metodología, estudian la sociedad como si fuera el resultado de la unión contractual de individuos que, en estado natural, vivían aislados, olvidando que los individuos se integran en la sociedad formando parte de una familia.

El médico inglés William Petty (1623-1687), discípulo de Hobbes, será uno de los primeros en defender la existencia de leyes naturales en economía, de acuerdo con los planteamientos científicos mecanicistas. Además, avanzó la idea de que la riqueza no depende del comercio sino que es producto del trabajo. Una de sus obras, publicada en 1690, después de su muerte, lleva un título que era todo un programa: *Aritmética Política*. En ella propone un punto de vista nuevo de investigación económica:

«El método que utilizo para hacer esto no es muy usual, puesto que, en lugar de emplear únicamente palabras comparativas y superlativas y argumentos intelectuales, he decidido (como un caso particular de la aritmética política que hace mucho tiempo que persigo) expresarme en términos de *número, peso o medida*. Utilizar únicamente argumentos de sentido y considerar tan sólo las causas que tienen unos fundamentos visibles en la naturaleza, dejando aquellas que dependen de los pensamientos, opiniones, apetitos y pasiones mutables de hombres concretos a la consideración de los demás»¹⁴.

También Locke (1632-1704), defendió la idea de que las leyes sociales que debían regir el comportamiento humano, conforme a las cuales debería organizarse la sociedad, eran análogas a las leyes de la naturaleza que determinaban el comportamiento del universo. En sus escritos económicos enseñó que el egoísmo es la fuerza motriz de la conducta humana, que el Estado, en lugar de intervenir en economía como pretendían los mercantilistas, debía limitarse a proteger la propiedad privada y a facilitar los intercambios entre los particulares, y que la riqueza es producto del trabajo.

Como el nuevo paradigma científico mecanicista era incompatible con el intervencionismo económico defendido por los mercantilistas, apareció en el pensamiento económico una nueva doctrina: que la riqueza no se obtiene del comercio sino de la agricultura. Sus defensores se dieron a sí mismos el nombre de fisiócratas.

Uno de los más importantes defensores de esta nueva doctrina económica fue el francés François Quesnay (1694-1774). De acuerdo con el paradigma mecanicista cartesiano y con su profesión médica, estableció un paralelismo entre la circulación de la sangre en el cuerpo humano y la circulación de la riqueza en la sociedad¹⁵. Quesnay defendió la idea de que los fenómenos económicos están regidos, al igual que los fenómenos físicos, por leyes de la naturaleza que son independientes de las normas y de la voluntad de los seres humanos. En consecuencia, se muestra partidario del libre comercio, porque sería absurdo contravenir el funcionamiento de dichas leyes.

Quesnay era médico del Rey de Francia. Se cuenta que un día que el delfín se quejaba ante él de lo pesada que era la carga real, le respondió que no la encontraba difícil en absoluto. Entonces el delfín preguntó: «¿Qué haría usted, pues, si fuese rey?». A lo que Quesnay respondió: «Señor, no haría nada»¹⁶.

En 1758, publicó una de las obras más importantes de la literatura económica, el famoso *Tableau économique*, en el que explicaba gráficamente como se producía,

¹⁴ W. PETTY, *Aritmética política*. Cita tomada de P. DEANE, *El Estado...*, o. c., p. 33.

¹⁵ En 1628, William Harvey había publicado su obra *Sobre el movimiento del corazón y de la sangre de los animales*.

¹⁶ H. DENIS, *Historia del pensamiento económico*. Barcelona, Ariel, 1970, p. 150.

automáticamente, la circulación de los bienes económicos entre los distintos grupos humanos de la sociedad: la clase productiva (agricultores), la clase improductiva (artesanos) y los propietarios de las tierras. En una obra posterior, publicada en 1763, titulada *Filosofía rural o economía general y política de la agricultura*, insistirá en el funcionamiento mecánico de la economía y en la necesidad de servirse del análisis matemático:

«El *Tableau économique* es la primera regla de aritmética que se ha inventado para reducir al cálculo exacto, preciso, la ciencia elemental y la ejecución perpetua de este decreto del Eterno: “Comerás el pan con el sudor de tu frente”»¹⁷.

Así pues, una de las ideas fundamentales de la moderna ciencia económica, que los fenómenos económicos están regulados por leyes naturales que producen un orden espontáneo que el hombre debe respetar, había sido ya expuesta antes de Adam Smith.

Sin embargo, los fisiócratas no podrán desarrollar una verdadera ciencia económica al defender equivocadamente que la riqueza depende de la agricultura y que la industria es estéril. Adam Smith, que vivía en una sociedad en la que se había producido la revolución industrial, no cometerá el error de los franceses, criticará a los mercantilistas y a los fisiócratas y defenderá, de acuerdo con la tradición iniciada por Petty y Locke, la idea de que la riqueza depende del trabajo.

4. El pensamiento económico de Adam Smith

Adam Smith nació en 1723 en Kirkcaldy, cerca de Edimburgo. Estudió en la Universidad de Glasgow y en Oxford. Terminados sus estudios volvió a Glasgow, donde fue profesor de filosofía moral. En 1759 publicó *Teoría de los sentimientos morales*, en la que anuncia algunas de las ideas que después perfeccionará en su obra de teoría económica. En 1763 renunció a la Universidad para convertirse en tutor del joven duque de Buccleuch, lo que le permitió acompañarlo en sus viajes por el continente. Residió en Toulouse, Ginebra y París. Conoció a Voltaire, Quesnay y Turgot. En 1776 publicó *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, que tuvo un éxito inmediato. Fue designado inspector de aduanas en Edimburgo, donde murió en 1790.

Adam Smith fue primero un filósofo moral y, después, un economista. Su pensamiento moral depende de las nuevas ideas morales defendidas por algunos filósofos escoceses influidos de manera decisiva por la nueva ciencia mecanicista elaborada por Isaac Newton (1642-1727). Newton había desarrollado una ciencia física en la que el mundo natural estaba gobernado por una ley de validez universal: la ley de la gravedad¹⁸. Los filósofos morales escoceses pensaban que el mundo moral estaría también regido por una ley análoga que explicara la conducta de los seres humanos.

De acuerdo con estos planteamientos, Adam Smith acepta la existencia de un orden moral natural en la sociedad que se manifiesta en las inclinaciones naturales de los seres humanos. Según explica en la *Teoría de los sentimientos morales*, obra

¹⁷ F. QUESNAY, *Filosofía rural o economía general y política de la agricultura*. Cita tomada de H. DENIS, *Historia [...]*, o. c., p. 142.

¹⁸ El propio Adam Smith habla de la *gravitación* de los precios del mercado alrededor de su nivel natural.

publicada en 1759, la conducta humana está movida, en primer lugar, por la búsqueda del propio interés, aunque otra inclinación natural, la simpatía hacia los otros seres humanos, contribuye a moderar el egoísmo de cada uno. Por lo tanto, dado que al actuar de esta manera se está siguiendo el orden moral natural, propone que se deje a los seres humanos actuar en completa libertad en las actividades económicas, dado que así no sólo conseguirán el provecho propio sino que impulsarán el bien común, porque la Providencia ha organizado las cosas de tal manera que se produce una automática distribución entre todos los seres humanos de los bienes necesarios para vivir:

«Sólo los ricos eligen, de entre la masa común, lo más delicioso y lo más raro. Apenas consumen más que el pobre; a pesar de su avidez y su egoísmo... comparten con el último peón el producto del trabajo que ellos mandan hacer. Una mano invisible parece forzarles a participar en la misma distribución de las cosas necesarias para la vida, que hubiera tenido lugar si la tierra hubiera sido dada en igual proporción a cada uno de sus habitantes; y, de esta manera, sin tener la intención de hacerlo, sin ni siquiera saberlo, el rico sirve el interés social y la multiplicación de la especie humana»¹⁹.

Así pues, antes de escribir su famosa obra de economía, ya enseñaba Adam Smith tanto la idea propugnada por la filosofía moral escocesa de que lo que mueve al hombre es la búsqueda de su propio interés individual, como la idea mecanicista de que existe un orden social natural que armoniza finalmente dichos intereses produciendo automáticamente beneficios al conjunto de la sociedad.

Poco después, en 1763, Adam Smith se encargó de impartir en la Universidad de Glasgow un curso de economía política. En él defendió ya la tesis de que la riqueza es producto del trabajo humano y, más en concreto, de la división del trabajo. Enseñó, además, que hay que valorar tanto el trabajo agrícola como el industrial y que la libertad económica es la condición necesaria y suficiente del desarrollo económico.

Después de viajar por el continente europeo y conocer a los fisiócratas franceses, Adam Smith regresó a Escocia y, en 1776, publicó su obra más importante, la que le convertiría, para casi todos los economistas, en el auténtico fundador de la ciencia económica²⁰: *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*. En ella propondrá una nueva síntesis de todas las ideas anteriores, aceptando la existencia de leyes naturales que gobiernan la economía y defenderá que el mercado es el mecanismo natural que concilia los intereses de los individuos, produciendo así el orden social.

En esta nueva obra, sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en la *Teoría de los sentimientos morales* en donde el egoísmo estaba moderado por la simpatía, no se pone ningún freno a la búsqueda egoísta del interés propio. Es como si Adam Smith nos dijera: «En las relaciones económicas no temas ser egoísta, todo está dispuesto para que, al final, se produzca infaliblemente el bien de toda la sociedad. Es más, cuanto mayor sea tu egoísmo mayores bienes producirás».

¹⁹ A. SMITH, *Teoría de los sentimientos morales*, IV, 1.

²⁰ Sin embargo, para Marx y para Brentano, tal honor corresponde a Petty.

¿De dónde sacó Adam Smith una idea que es tan contraria al sentido común y a la moral tradicional? Entre otros de Bernard de Mandeville (1670-1733), médico como Petty y Quesnay, que a pesar de haber nacido en los Países Bajos vivía en Inglaterra.

Mandeville, acepta la idea de Hobbes de que los individuos actúan siempre buscando sus intereses particulares, pero rechaza el que este modo de actuar conduzca a la desaparición de la sociedad. Por otra parte, de acuerdo ahora con Shaftesbury y Hutcheson, piensa que es posible armonizar los intereses particulares, no como pensaban éstos por la simpatía que se profesan entre sí los seres humanos, sino porque los que buscan el interés propio generan sin quererlo beneficios para los demás. Según Mandeville, los vicios privados se convierten en virtudes públicas.

En 1705 publicó un poema satírico titulado *La colmena rezongona, o los golfos convertidos en honrados*, que reeditó, convenientemente mejorado, en 1714 con un nuevo título, *La fábula de las abejas o vicios privados, beneficios públicos*, en la cual una colmena, espejo de la sociedad humana, vive en el vicio y con prosperidad. En un momento dado desea recuperar la virtud y, cuando esta llega, desaparece la prosperidad y aparece la pobreza, el tedio y la disminución de la población. Para Mandeville, por lo tanto, el egoísmo, la búsqueda del propio interés y los vicios humanos en general, no sólo no impiden la existencia de la sociedad, sino que son la condición de su prosperidad, pues los males se neutralizan los unos a los otros produciendo, finalmente, el bien de la comunidad.

Adam Smith, que en la *Teoría de los sentimientos morales* había rechazado las ideas de Mandeville, aunque advirtiendo que en algún aspecto podían ser válidas, las aceptó más adelante en *La riqueza de las naciones* cuando trataba de explicar la conducta económica de los seres humanos. ¿Por qué es válida en este caso? Porque en las actividades económicas existe un mecanismo natural, el mercado, que se encarga de armonizar automáticamente, si se le deja actuar en libertad, los intereses egoístas de los individuos produciendo beneficios para el conjunto de la sociedad.

Es más, el funcionamiento correcto del mercado no depende sólo de que se le deje actuar libremente, sino de que los que concurren a él lo hagan movidos por la búsqueda del propio interés:

“No hemos de esperar que nuestra comida provenga de la benevolencia del carnicero, ni del cervecero, ni del panadero, sino de su propio interés. No apelamos a su humanitarismo, sino a su amor propio”²¹.

Por lo tanto, para Adam Smith, este modo de proceder egoísta no produce la descomposición de la sociedad, como se había pensado tradicionalmente, sino que es beneficioso para la comunidad en su conjunto. Esta afirmación se justifica apelando al supuesto “orden natural” de los fenómenos económicos que depende del paradigma mecanicista del pensamiento científico moderno. En efecto, recordando lo que ya había expuesto en su *Teoría de los sentimientos morales*, insiste en la idea de que el individuo que persigue su propio beneficio

²¹ A. SMITH, *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, I, 2.

«[...] es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones. Mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios»²².

La famosa *mano invisible* de Adam Smith es una simple metáfora para referirse al mecanismo del mercado que es el encargado de armonizar los intereses individuales. Sin embargo, parece que el propio economista escocés no tenía una fe tan ciega como los defensores del liberalismo económico en la función armonizadora del mercado. En efecto, a diferencia de lo que ocurría en la *Teoría de los sentimientos morales*, en *La riqueza de las naciones* el orden espontáneo del mercado se limita a armonizar los intereses particulares de los individuos y los generales de la sociedad, pero no los intereses particulares de los individuos entre sí. Adam Smith, por lo tanto, era consciente de que se podían producir desajustes en el mecanismo del mercado, pero consideraba que, en general, eran mucho peores los que se producirían si los políticos intervinieran en él. Hay, pues, una cierta ambigüedad en su pensamiento, dado que unas veces pide que el Estado intervenga en la economía y otras rechaza que lo haga, porque la mayoría de esas intervenciones son perjudiciales²³.

Por lo tanto, la ciencia económica de Adam Smith prescinde por completo de la tradicional subordinación a los fines superiores de la ética o de la política. Para el filósofo escocés la economía tiene una moralidad propia, que depende del interés del individuo. Este individualismo se justifica mediante la ética utilitarista, afirmando que la búsqueda egoísta del propio interés produce automáticamente beneficios para la mayoría de la sociedad. Una ética que nada tiene que ver con la moral tradicional que antepone lo justo a lo útil²⁴. En resumen, el modelo de sistema económico que propuso Adam Smith, se basa en un doble supuesto: que la inclinación fundamental de la naturaleza humana es la búsqueda del interés propio y que existe un orden económico natural que produce automáticamente la riqueza y la prosperidad de la sociedad cuando los seres humanos compiten entre sí en un mercado libre:

“El esfuerzo natural de todo individuo para mejorar su propia condición, cuando se ejercita con libertad y seguridad, es un principio tan poderoso que, por si solo y sin ayuda alguna, no es únicamente capaz de conducir a la sociedad a la riqueza y a la prosperidad, sino a superar el centenar de obstrucciones impertinentes con que la locura de las leyes humanas obstaculiza, con demasiada frecuencia, su funcionamiento»²⁵.

²² Ibid., IV, 2.

²³ «Si leyéramos *La riqueza de las naciones* y tomásemos nota de todos los casos en que Smith exige actuación estatal, cuando llegáramos al final del texto habríamos recopilado una larga lista de funciones económicas públicas. Pero si el lector apuntara cada vez que Smith sostiene que el Estado realiza una intervención económica innecesaria o perjudicial, también reuniría una larga lista». H. S. GORDON, *Historia y filosofía de las ciencias sociales*. Barcelona, Ariel, 1995, p. 165.

²⁴ El humanista español Pedro de Valencia (1555-1620), de acuerdo con la moral tradicional, rechaza la moralidad del utilitarismo: «Sócrates, que fue el mayor de los filósofos gentiles, dice Clemente Alejandrino, que solía maldecir muy a menudo al primero que distinguió entre lo útil y lo justo, y enseñó a los hombres que podía haber cosa injusta que les conviniese y fuese de provecho». P. DE VALENCIA, «Tratado acerca de los moriscos de España», en *Obras Completas, IV/2. Escritos políticos*. León, Universidad de León, 1999, p. 92.

²⁵ A. SMITH, *Investigación [...]*, o. c., IV, 5b.

5. Ciencia e ideología en el pensamiento económico de Adam Smith

Decíamos al principio de nuestra exposición que, para la inmensa mayoría de los economistas, Adam Smith es el fundador de la economía como ciencia, aunque advertíamos que la ciencia fundada por el filósofo escocés es más la ciencia de un sistema económico que la ciencia de la economía. Por eso algunos han defendido la tesis de que la ciencia económica propuesta por Adam Smith es, en realidad, una ideología justificadora del liberalismo económico y, por lo tanto, de la economía de mercado.

Pues bien, lo menos que se puede decir al respecto es que se trata de una ciencia que parte de supuestos cognoscitivos y valorativos que favorecen los planteamientos del liberalismo económico. En efecto, como hemos advertido repetidamente a lo largo de nuestra exposición, la ciencia económica propuesta por Adam Smith depende de los éxitos obtenidos por las ciencias naturales a partir de la revolución científica que se produjo en el siglo XVII. Las ciencias sociales, a partir de este momento, intentaron imitar el camino seguido por las ciencias naturales y, suponiendo que existía un orden social natural semejante al orden natural del mundo físico, trataron de descubrir las leyes que regían el funcionamiento de la sociedad. Como las leyes del mundo físico son universales, son las mismas en todo tiempo y lugar, también concedieron el estatuto de universalidad a las leyes sociales y, dentro de ellas, a las económicas²⁶.

Además, y como consecuencia de utilizar el mismo método de investigación que el de las ciencias naturales, la observación experimental, consideraron como leyes naturales de la sociedad las leyes vigentes en aquel momento en la sociedad que observaban. Por lo tanto, aceptaron como leyes naturales de la economía las leyes del sistema económico vigente en el tiempo y lugar en el que vivían²⁷. Así se explica que Adam Smith defendiera como leyes naturales de la economía las leyes del sistema económico de mercado, que era el sistema económico que podía observar experimentalmente.

Sin embargo, las actividades económicas no tiene naturalmente determinado ningún fin concreto, ni existe un orden natural regido por el mercado y sus leyes, ni los hombres se mueven naturalmente sólo por la búsqueda egoísta del propio interés. Adam Smith ha supuesto en todos los casos que pertenece a la naturaleza de la economía y del hombre lo que son, en realidad, consecuencias del sistema económico liberal: que el fin de la economía sea aumentar indefinidamente la riqueza, que el mercado regule espontáneamente el orden económico y que en todas sus prácticas económicas el hombre se mueva por búsqueda del propio interés.

²⁶ Los que pretenden que las ciencias prácticas tengan el mismo estatuto científico que las ciencias teóricas, olvidan la sabia advertencia de Aristóteles: «Pero debemos también recordar lo que llevamos dicho y no buscar el mismo rigor en todas las cuestiones, sino en cada una según la materia que subyazga en ellas y en grado apropiado a la particular investigación. Así, el carpintero y el geómetra buscan de distinta manera el ángulo recto: uno, en cuanto es útil para la obra; el otro busca qué es o qué propiedades tiene, pues aspira a contemplar la verdad». *Ética a Nicómaco*, I, 7.

²⁷ La filosofía moral escocesa, tan importante en el pensamiento de Adam Smith, depende del deseo manifestado por Hume en la introducción a su *Tratado de la naturaleza humana* (1739): «Intento introducir el método experimental de razonamiento en los sujetos morales». Se trata de un método que tiende a legitimar lo existente.

Para Adam Smith la economía está naturalmente ordenada a conseguir el aumento de la riqueza, y no se plantea la posibilidad de que ésta se ponga al servicio de otros fines, como el que todos los seres humanos dispongan de los bienes necesarios para vivir decentemente o que la riqueza producida se distribuya justamente. Nada en la naturaleza de la economía exige que se plantee como único o principal objetivo la producción ilimitada de riqueza. Decidir el objetivo último de la economía no pertenece sólo a la propia economía, sino también a la ética o a la política, y ya vimos como los griegos, por ejemplo, rechazaban la idea de que el fin último de la economía fuera aumentar las riquezas.

Tampoco se puede aceptar la existencia de un orden natural y espontáneo en economía, semejante al orden natural existente en el mundo físico, regido por el mercado y sus leyes. Es posible que exista un orden natural y unas leyes naturales en la economía²⁸, pero este orden y estas leyes no son las del mercado, que es una institución histórica desconocida o insignificante en otros sistemas económicos. En realidad parece que el orden y las leyes económicas dependen de cada sistema económico, por lo que la llamada ley de la oferta y la demanda sólo tiene vigencia en un sistema económico de mercado.

Adam Smith justifica la existencia del mercado en la propensión natural de los seres humanos al intercambio. Pero de nuevo la antropología ha demostrado que no existe tal impulso natural. Como tampoco es verdad que la división del trabajo provenga de la existencia de los mercados, sino que se debe a diferencias relativas a los sexos, a la geografía o a las capacidades individuales.

En cuanto a la capacidad de los mercados para armonizar las actividades económicas de los seres humanos movidos por su afán de lucro, el propio Adam Smith reconoció muchas veces que el supuesto orden natural no armoniza los intereses individuales de los agentes económicos. Tampoco es verdad que los mercados se regulen naturalmente, más bien tienden a todo lo contrario, a desaparecer como lugar de competencia y a ser sustituidos por situaciones de monopolio.

Por último, la afirmación de Adam Smith de que el hombre actúa siempre en sus relaciones económicas movido por el propio interés, ha sido también desmentida por la historia y la antropología. Nadie puede negar la existencia de una conducta egoísta por parte de los seres humanos, pero de ahí no se sigue el que todas las acciones económicas de los seres humanos estén motivadas por un interés egoísta²⁹. En las sociedades primitivas los hombres se movían por los principios de reciprocidad y redistribución. En ellas estaba ausente la idea de que todo trabajo deba ser retribuido. Tampoco el afán de

²⁸ Aunque puede admitirse la existencia de leyes válidas en todos los sistemas económicos, como la ley de los rendimientos decrecientes, pero en este caso su validez universal depende, sobre todo, de ser una ley biológica.

²⁹ Este individualismo que se manifiesta, sobre todo, en el liberalismo económico, no tiene nada que ver, aunque algunos partidarios de esta doctrina se esfuercen en convencernos de ello, con la defensa de los derechos fundamentales de la persona humana que desarrollaron los escolásticos en su teoría del derecho natural: «Sin ninguna duda la teoría del derecho natural ha servido grandemente a la emancipación del individuo [...] Pero hay en la teoría del derecho natural, como en la moralidad tradicional, una referencia trascendente fundamentalmente *normativa* que desaparece en la filosofía utilitarista, y que es reemplazada por un criterio inmanente, empírico, a saber la máxima felicidad del mayor número». L. DUMONT, *Homo aequalis. Génesis y apogeo de la ideología económica*. Madrid, Taurus, 1982, p. 102.

lucro o la búsqueda del beneficio económico es la única razón de las actividades económicas del hombre. Los antropólogos nos enseñan que en otras sociedades las actuaciones económicas del hombre pueden estar guiadas por otros fines, como lograr prestigio o reconocimiento social.

En síntesis, Adam Smith ha convertido en causas del sistema económico liberal, lo que en realidad son efectos de dicho sistema. En efecto, para el filósofo escocés el fin de la economía, el orden y las leyes del mercado y el comportamiento egoísta del hombre explican y justifican el liberalismo económico, cuando en realidad es ese sistema el que explica y justifica que se asigne ese fin a la economía, que se defiendan ese orden y esas leyes y que el hombre se comporte de esa manera.

Concluimos, pues, afirmando que la ciencia económica de Adam Smith, a pesar de su indudable contribución al mejor conocimiento de los fenómenos económicos, ha servido y sirve de instrumento ideológico de legitimación del sistema económico de mercado. Como la ciencia económica, llamada también economía política o economía sin más, es una ciencia normativa y no una ciencia descriptiva, como puede ser la física, no puede desprenderse de la ideología, de estar al servicio de un proyecto político.